

PATRIA.

Entered as Second Class Matter at the New York, N. Y., Post Office, March 15, 1892.

ADMINISTRADOR:

J. A. AGRAMONTE

NUM. 2.—NEW YORK, MARZO 19 DE 1892.

La Correspondencia debe dirigirse a
J. A. AGRAMONTE,
214 PEARL STREET, NEW YORK.

LA AGITACION AUTONOMISTA.

LOS sucesos recientes en la política de Cuba son ya conocidos de todos. Un político de mera intriga y atrevimiento, tipo esmerado de cuanto tiene la política de censurable, ha aprovechado el poder que debe a su habilidad para revelar desde él, como ministro de las colonias, el odio con que los españoles autoritarios castigan en sus últimos súbditos de América la rebelión que expulsó su poder del nuevo mundo. Y el partido autonomista, única expresión lícita en el país del alma cubana, compelido por la provocación ó movido por el decoro, decidió protestar del ministro con un manifiesto de tono desusado donde el partido reconoce su ineficacia, y la reunión pública en que confirmó la amenaza de dejar al país sin la expresión política que le es ya familiar, frente al gobierno débil que lo esquilma y provoca.

En los pueblos, como en las familias, mucho se olvida, porque mucho se debe olvidar, cuando, por algún suceso de gravedad inesperada ó prevista, llega para todos la hora suprema de la obligación común: aunque el olvido sería inmoral si por su exceso, ó por falta de proporción á la realidad, pusiese en peligro los ideales que á tanta costa y en confusión tanta se defienden.

El patriotismo purifica y sublima á los hombres, y por una ley de reacción natural, suele en las horas críticas lucir con fuego intenso en aquellos á quienes estimula el arrepentimiento, y á quienes culpables de patriotismo cómodo, ó en los que, enojados de su crédula e inútil fe, ponen en la doctrina nueva el justo deseo de castigar á quienes los defraudaron; ó en los que en el bautizo del patriotismo puro anhelan lavar sus culpas grandes. El pecado continuaría, en unos por soberbia, ó por política literaria y señorial en otros, si los que saliesen vencidos, sin una sola conquista real, de una época estéril en que el mero permiso de vivir no ha de confundirse con la vida, trajeran á la época nueva, preparada contra su voluntad y sin su ayuda, una arrogancia que se avendría mal con la demostración plena y anterior de la inutilidad de sus consejos. La continuación de la revolución no puede ser la continuación de los métodos y el espíritu de la autonomía; porque la autonomía no nació en Cuba como hija de la revolución, sino contra ella. Pero los factores del autonomismo, conscientes ó inconscientes, entrarán con raras excepciones, los unos por conversión, los otros por simple continuación, en la época revolucionaria definitiva, donde, en asunto que toca á todo el país, ni es lícito negar á una entidad real la parte proporcionada á su significación verdadera, ni es lícito concederle, sin trastornos presentes y futuros, sin conflictos de hoy y sin sangre de mañana, sin entorpecimiento de ahora en la preparación y sin inseguridad después en el triunfo, una parte superior al poder de ayudar ó impedir que cada entidad tenga. De todas las entidades políticas es esto verdad, no de una sola. La política es una resolución de ecuaciones. Y la solución falla cuando la ecuación ha sido mal propuesta.

Si la revolución tuviese por objeto mudar de manos el poder habitual en Cuba, ó cambiar las formas más que las esencias, caería naturalmente la obra revolucionaria en los que, por profesión ó simpatía ó liga de intereses, están, entre los habitantes de la Isla, abocados al ejercicio del poder. Pero esta revolución sólo sería posible por sorpresa y acarrearía después del triunfo un estado escandaloso é inquieto de desconfianza, ó una guerra civil. La guerra se ha de hacer para evitar las guerras. Rudo como es el refrán de los esclavos de Luisiana, es toda una lección de Estado, y pudiera ser el lema de una revolución: "Con recortarle las orejas á un mulo, no se le hace caballo." Si la revolución es la creación de un pueblo libre y justo con los elementos descompuestos y aún entre sí mal conocidos de una colonia señorial, la obra revolucionaria consiste en fundir y

guiar todos estos elementos sin que ninguno de ellos adquiera un predominio desproporcionado, que afloje por los recelos la simpatía de los demás, ó por falta de equidad de los ignorantes ó de los cultos, ponga la obra revolucionaria en peligro.

No es hora de ver con ojos maliciosos en lo profundo de las intenciones; ni de escatimar el mérito donde quiera que esté; ni de preguntarse si los actos recientes del partido autonomista son debidos al deseo unánime de volver, con noble contrición, á la verdad del país, ó si no son más que un desahogo permitido á los más vivaces del partido, para asegurar por él precisamente, con una concesión metropolitana tan inútil á la larga como las demás, la continuación de la política segura y letárgica que en el partido autonomista parece ser la política dominante. Ni ha de ponerse esperanza mayor en la significación revolucionaria del partido autonomista, como contingente espontáneo del partido á la revolución; porque por su continua fidelidad al programa de paz bajo el gobierno, por sus métodos antirevolucionarios é imprevisores, y por el choque de espíritus patente en el manifiesto mismo, y con más viveza en la junta de Tacón, se ve que aun llegando á su extremo la situación de protesta en que su derrota penosa lo coloca, y el desdén del enemigo, sólo por la eficacia involuntaria é inevitable del reconocimiento final de su incapacidad vendría á contribuir á la revolución el partido que vive, cualesquiera que sean sus escarceos, para hacerla imposible. Ni por su espíritu, ni por su constitución, ni por sus prácticas y relaciones, ni por la fé en la paz española de algunos de sus miembros, ni por la lealtad de unos y el miedo de otros, se ha puesto el partido autonomista en condición de convertir de una mano á la otra sus fuerzas á la guerra. Evitarla fué su objeto continuo, y está en aptitud más ventajosa para evitarla que para servirla. Ni dentro de la ley, ni dentro de su esperanza agonizante, ni dentro de su composición real, podría más el partido autonomista, ni insinúa más, que reconocer la incapacidad de impetrar de España, con la sumisión que convida al desdén, una suma de libertades incompatibles con el carácter, los hábitos y las necesidades de la política española.

Los elementos del partido recobrarían la libertad perdida durante la tentativa inútil, y el sentimiento público, fiel á la revolución, volverá á ella con el desorden de que serían responsables cuantos no acudiesen á recuperar los años perdidos por su imprevisión ó tibieza, ó con el orden de que han de beneficiar todos los que en componerlo pongan á tiempo la mano.

De represa ha venido sirviendo el partido autonomista á la revolución, y la revolución se saldrá de madre en cuanto la fuerza de las aguas rompa la represa. Cada cual sabrá si sigue con el torrente, ó le da la cara, ó se le pone de lado.

Es grato esperar, por el ardimiento propio del corazón del hombre y por los consejos de un justo interés, que estén juntos en la hora definitiva de crear la república, los confesos de la política pacífica y los preparadores de la guerra inevitable.

Pero esperarían probablemente en vano los que, por los calores del momento, pudiesen ver más cercana la guerra indispensable, en virtud de la agitación actual, ya porque de sobre se ve su espíritu y alcance verdaderos en la misma apacible composición de la asamblea del teatro, que era el contraste patente del ánimo que en ella se apresuró á ver un pueblo ansioso, ya porque los elementos hostiles de que el partido está compuesto impiden la concurrencia eficaz de su grupo director, decidido por mayoría de opiniones á prolongar la paz inútil con esperas pomposas y entremeses revolucionarios, y el sentimiento del país, que ha sido la fuerza única viva del partido autonómico, y sólo se le allega sinceramente cuando lo ve en camino de romper la paz. El país no cede á los que lo quieren de tener, y saltará por sobre ellos. Es preciso que los que lo quieren contenten cedan al país.

De esos dos elementos opuestos se compriso

siempre el partido autonomista, cuya caqueña viene del empeño fantástico de aprovechar para la continuación del dominio español, las fuerzas que sólo se ponen al lado de sus mantenedores por la fe secreta en que ellos las conducirán á volcarlo. Con fuerzas revolucionarias, criadas en la guerra y mantenidas en la fe de ella por la inutilidad y el oprobio de la paz, sólo puede hacerse la política de la revolución. Y no hay, en honra, el derecho de emplear las fuerzas de la revolución para oponerse á ella. Ni enojo ni suspicacia se ha de poner en el estudio de los problemas políticos de un país, ni es lícito llevar á ellos la misma fuerza angélica del apostolado, sino se la administra y disciplina con la serenidad de la razón. La suspicacia excesiva malea el juicio, y se ha de suponer en los demás tanta virtud como aquella de que nosotros mismos seamos capaces. Pudiera el partido autonomista, con viril reconocimiento de sus yerros, y su precipitado empleo en una organización de cuyo desorden es responsable, iniciar la tarea de reunir en un espíritu común de resistencia definitiva, las fuerzas que después de la guerra ha permitido desordenarse en la resistencia mansa. Pero es lícito dudar de que fomente el espíritu innegable de rebelión en que se agita el número del partido, el grupo director que con prisa poco astuta se prevale de su primer tardío acto de viveza para ofrecerse como la garantía más preciosa de paz.

La agitación autonomista no es, probablemente, el deseo de poner fin á una paz falsa y corruptora, que no asegura la riqueza ni promueve el trabajo ni respeta el cuerpo ó el alma del hombre, sino el aprovechamiento de un deber de dignidad ya ineludible, para continuar demandando los peligros de encararse con la dominación española. Pero de esta agitación involuntaria del partido autonomista resultan dos lecciones que el partido no podrá desoir, y saludará con júbilo la patria. Una es la prueba evidente de que el país conserva entera el alma heróica que prefiere los peligros del valor á las vergüenzas de la paz; y otra es la certidumbre de que en la hora grandiosa de la protesta se juntarán, sin reparos ni iras, todos los que hayan lavado su corazón en el bautismo del sacrificio.

LA POLITICA.

HABLABA un cubano en público, hace poco tiempo, con sus compatriotas recelosos. El auditorio no era de esos de lujo, que se junta á oír lo que cree de labios conocidos, ó á dejar pasar con amable cortesía la verdad abrasante; sino público de pelear, que oye con los ojos y los oídos, y tiene al pie de la frase la réplica contundente. Todos atendían en silencio profundo, unos cruzados de brazos, como quien no quiere que se le escape el corazón detrás del primer reciénvenido; otros á medio darse, con los codos en las rodillas. El discurso acabó en un coro de almas; y un hombre desconocido, un jóven mulato de vibrante voz, habló á su pueblo, asido á la barandilla como á las riendas de pelea, con acentos que le salían de lo más tierno de las entrañas. Daba gracias: certificaba lo que el orador decía: "la política es el deber de hijo que el hombre cumple con el seno de la madre; la política es el arte de hacer felices á los hombres."

Esa frase se ha de recordar, ahora que un espionaje sutil, comprendiendo que el peligro mayor de la dominación española está en la buena política revolucionaria, fomenta en nuestros reformadores generosos y en nuestras casas de trabajo el odio á la política. Política es el estudio de los diversos métodos de vida común que ha discernido ó pueda discernir el hombre. La aristocracia es una política, y la democracia otra. El czarismo es política, y es política la anarquía,—la anarquía, que en mucho corazón ferviente es el título de moda de la aspiración santa y confusa á la justicia, y en manos del gobierno español, que echa anarquía por todas partes, es un hábilísimo instrumento. Pequeño en los juicios libres no puede prender ese recurso burdo; los hombres que desean sinceramente una condición superior para el linaje humano no pueden ser cómplices de la política de policía que anda

predicando el desdén de la política; el deber de procurar el bien mayor de un grupo de hijos del país, no puede ser superior al deber de procurar el bien de todos los hijos del país: y si la guerra triste viene á ser el modo único de conquistarlo, ningún hombre bueno negará su apoyo á una guerra inspirada en el deseo vehemente de obtener, por los métodos amplios de un gobierno propio, justicia para todos, una guerra que no se hace, como pudiera hacerse, por obra y bien de los políticos de oficio, respaldados por los intereses y las castas, sino por la política del amor á la humanidad, que no puede desertarse sin delito.

Porque la política se puede desertar, como profesión enojosa que es,—aunque el hombre honrado la ha de ejercer siempre como vigilancia,—cuando no sea más que el arte de la administración, en cuya minimez no todas las pasiones caben, ó el de obtener, por el halago de las pasiones, y la complicidad con los intereses, aquel poder, mantenido por el repartimiento provechoso de la autoridad, que es grato y lleva á tales culpas, á los hombres de vanidad y de apetitos. Pero cuando la política tiene por objeto salvar para la virtud y para la felicidad un pueblo de seres humanos que la opresión pudre en el vicio y el hambre lanza al crimen, cuando la política tiene por objeto salvar aquel pueblo, raíz principal de la vida, donde los seres humanos que se envilecen sutilmente, de la vileza que les rodea, son nuestro hijo y nuestra hija, sólo pueden desertar de la política los que desierten de sus propios hijos.

Cuando la política tiene por objeto cambiar de mera forma un país, sin cambiar las condiciones de injusticia en que padecen sus habitantes; cuando la política tiene por objeto, bajo nombres de libertad, el reemplazo en el poder de los autoritarios arrellanados por los autoritarios hambrientos, el deber del hombre honrado no será nunca, ni aun con esa excusa, el de echarse á un lado de la política, para dejar que sus parásitos la gangrenen. Es la casa en que vive lo que le gangrenan, y ha de entrar en ella para purificarla. Cuando la política tiene

por objeto poner en condiciones de vida á un número de hombres á quienes un estado inicuo de gobierno priva de los medios de aspirar por el trabajo y el decoro á la felicidad, falta al deber de hombre quien se niegue á pelear por la política que tiene por objeto poner á un número de hombres en condición de ser felices por el trabajo y el decoro.

¿Qué hace el hombre bueno, con manos paralizadas y para arriar, cuando ve que va á mal, por los malos marineros, el barco donde navega con una muchedumbre desvalida? Los hombres que lo son, se juntan para salvar el barco de quienes lo desvían, y los hombres que no lo son, los hombres recortados, los egoístas, se echarán, solos, á los pocos botes de naufragio, dejando atrás á sus compañeros de desgracia: y vagarán, abandonados, por las olas.

No; cien veces no: Los que lo creen, yerran de buena fe. La cobardía y la indiferencia no pueden ser nunca las leyes de la humanidad. Es necesario, para ser servido de todos, servir á todos. ¿Que hay otras batallas que librar, santas y vitales? Pues primero es ensanchar las condiciones del combate, para poderlo librar más fácilmente. Primero es tener bajo los pies la arrogancia del suelo nativo, que da al hombre un derecho, y á la justicia una mesura, y á la mirada un rayo que no se tienen jamás en el suelo extranjero, donde la justicia, por los diversos métodos y costumbres, no acaba nunca de parecernos nuestra, donde vive el hombre como el que anda en la mar, y todo echa y rechaza todo, como los potros libres cocean por desdén al caballo ensillado. Ansía la bestia misma la libertad del aire y de la luz, y muere de dolor ó vive triste, sin fuerza ni belleza, cuando la sacan del suelo en que nació, y saca vida nueva y rayos de los ojos cuando vuelve á su tierra natural. Vuela la bestia al socorro de sus semejantes, y muere peleando bajo el lobo que ataca á los de su misma forma y naturaleza. ¿Cómo se ha de llamar al hombre que se cruza de brazos cuando sus semejantes padecen, ni con qué derecho ha de pedir simpatía para sí quien la niega á sus semejantes?



Títulos en este número

De José Martí

Bases del Partido Revolucionario Cubano I, 279-280

La agitación autonomista I, 331-335

La política I, 335-337

“Patria”: No “Órgano “. I, 337-338

Se van los ancianos IV, 370-371

Basta I, 338-339

Los estudiantes de la Habana I, 339-340

El cubano en el Cayo ED, 99-100

“*Independientes de Cubanacán*” V, 41-42

El arte de pelear I, 340

Su religión ED, 100-101

De otros autores

Sotero Figueroa: La verdad de la historia

Sotero Figueroa: Discurso

Rafael Serra: Discurso

Miguel González: Discurso

Joaquín Granados: “La Liga” en Tampa

Sin firma

En la ratificación

Clubs Cubanos (Relación de)

Dos Cartas

En Casa